

***El cuento del tesoro de Rampsinito
y el cadáver mutilado del ladrón***

Ángel Hernández Fernández
Universidad de Murcia

Recién leído el original de las muy interesantes *Tradiciones nicaragüenses* de Pedro Alfonso Morales (inédito todavía mientras escribo estas líneas), descubro entre el riquísimo material folclórico que sus páginas atesoran un relato que por su interés es digno de que se le dedique alguna atención.

Me estoy refiriendo a la narración titulada *El secretario y el ladrón* (número 47 de la colección). Leemos aquí la historia de dos hermanos, uno honrado y otro vicioso, a quienes la fortuna no trata con la justicia que cabría esperarse de la conducta mostrada por ambos jóvenes en su vida. Al contrario de lo que sería deseable, el ladrón prospera con el fruto de sus hurtos mientras que el joven recto y trabajador padece una penuria económica tan grave que se ve obligado a delinquir como su hermano. Pero también ahora la suerte se le volverá esquiva y será abatido a balazos cuando entre a robar en la casa de un ricachón del pueblo. Éste, no contento con el crimen, despliega también su ira contra los familiares del intruso y para ello ordena que arrastren el cadáver por las calles del pueblo para que sus parientes, angustiados con tan terrible espectáculo, revelen con muestras de dolor su parentesco con el ladrón.

Y así ocurre efectivamente: la esposa del muerto grita aterrada cuando ve acercarse el cuerpo vejado de su marido, pero el cuñado, hábil en las artes del engaño, le corta un dedo a la mujer con el fin de que los esbirros piensen que esa ha sido la causa de su grito. Al final el cadáver es abandonado y el hermano ladrón consigue enterrarlo con la ayuda del cura.

Este es el texto:

El secretario y el ladrón

Había dos jóvenes hermanos, uno era disciplinado y estudiaba para ser secretario; el otro era desobediente y estaba influenciado por las malas amistades, no estudiaba y se dedicaba al vicio.

El hermano se graduó de secretario, se enamoró de una bonita mujer y se casó con ella. Sin embargo, nunca encontró un trabajo fijo y, por eso, no tuvo una economía saludable. El otro hermano se había convertido en un experto ladrón de bancos y casas millonarias.

El hermano secretario sufrió una gran crisis económica al punto que pensó que su hermano ladrón le podría ayudar, mas nada le pidió. El hermano secretario tomó la decisión de robar, pues pensaba:

–Si mi hermano, que no estudió, tiene la inteligencia para robar, ahora yo.

En la noche entró a la casa de la persona más rica del pueblo: don Pedro Real. Sin embargo, la casa de este señor estaba vigilada ferozmente, y el hermano secretario fue hallado *infraganti* y lo abatieron a balazos. Y don Pedro Real era malo y rencoroso y pensó vengarse e ideó un plan.

Don Pedro Real le dijo a “Serpiente”, su mano derecha, que arrastrara al muerto por todo el pueblo y al primero que lo reclamara sería asesinado. El hermano ladrón supo de esto y llegó rápidamente donde su cuñado y le contó el hecho.

El cuerpo se acercaba a la casa y la mujer del hermano ladrón no contuvo su dolor y gritó. El hombre, sabiendo lo que sucedía, le cortó el dedo de la mano. Los hombres de don Pedro Real se acercaron y le preguntaron:

—¿Este cuerpo es de ustedes?

—¡No, ella se cortó el dedo, cuando tasajeaba la carne del cerdo!
—contestó el hombre.

El cuerpo fue paseado por todo el pueblo y nadie lo reclamó. Los hombres lo dejaron en el parque, donde lo encontró el hermano ladrón. El hermano fue donde el curita y le contó la historia. El padre se llevó el cuerpo a la iglesia y, después, lo llevaron al cementerio. Don Pedro Real se enojó mucho, pero nada le contradijo al sacerdote. Menos a Dios.

El relato está narrado en un ambiente tan contemporáneo como realista y ofrece datos muy concretos e “históricos”: algunos personajes que intervienen en la trama (Pedro Real, el rico, o “Serpiente”, su sicario) son llamados por sus nombres, nombres que con toda probabilidad aluden a personas de existencia real a las que se les han atribuido estos sucesos. Sin duda el *informante* ha querido transmitir un aire de verosimilitud a su relato para que los hechos contados parezcan reales, por lo que ubica el texto dentro del género de la leyenda más que en el del cuento de ficción en cuanto que el deseo de ser crónica de acontecimientos supuestamente sucedidos prevalece sobre el de narración de hechos ficticios realizada con la pura finalidad de entretener y divertir.

Ahora bien, un lector no del todo ingenuo sabe o intuye que algunos motivos de la narración (en especial el de la mutilación del dedo) pertenecen al ámbito de lo fantástico, si no es que el inconsciente cultural le ha revelado inmediatamente alguna conexión, aunque oscura y no precisa aún, con otra historia vieja que se haya leído o escuchado antes. “¿Dónde he leído yo esto?, ¿cuándo lo escuché?”, son preguntas que el lector se plantea ante este relato cuyos motivos principales le “suenan” a algo conocido.

Por otro lado es cierto que en el desarrollo de la narración se percibe que falta algún dato que proporcione un significado completamente coherente a lo narrado. ¿De dónde procede el deseo de venganza del rico? Una vez descubierto el ladrón y

castigado, ¿qué sentido tiene la cruel venganza final contra la esposa? ¿Por qué ese afán por identificar a los familiares del ladrón?

La respuesta a estas preguntas la encontramos a través de la literatura comparada, es decir, gracias al descubrimiento de otras versiones anteriores de este relato podemos entenderlo cabalmente y responder a las preguntas que antes nos hacíamos. Y así, sin más preámbulos, leamos lo que el historiador griego Heródoto contaba en el siglo V a. de C. acerca de un supuesto robo del tesoro del rey Rampsinito:

[...] Cuéntase de este rey un caso singular. Poseyendo tantos tesoros en plata, cuales ninguno de los reyes que le sucedieron llegó a reunirlos, no digo mayores, pero ni aun iguales, y queriendo poner en seguro tanta riqueza, mandó fabricar de piedra un erario, de cuyas paredes exteriores una daba afuera de palacio. En esta el artífice de la fábrica, con dañada intención, dispuso una oculta trampa, colocando una de las piedras en tal disposición, que quedase fácilmente levadiza con la fuerza de dos hombres o con la de uno solo. Acabada la fábrica, atesoró en ella el rey sus inmensas riquezas. Corriendo el tiempo, y viéndose ya el arquitecto al fin de sus días, llamó a sus hijos, que eran dos, y les declaró que, deseoso de su felicidad, tenía concertadas de antemano sus medidas para que les sobrara el dinero y pudieran vivir en grande opulencia, pues, con esta mira había preparado un artificio en la casa del tesoro que para el rey edificó: dióles en seguida razón puntual del modo como se podría remover la piedra levadiza, con la medida de la misma, añadiendo que si se aprovechaban del aviso serían ellos los tesoreros del erario y los dueños de las riquezas del rey. Muerto el arquitecto, no vieron sus hijos la hora de empezar: venida la noche, van a palacio, hallan en el edificio aquella *piedra filosofal*, la retiran de su lugar como con un juego de manos, y entrando en el erario, vuelven a su casa bien provistos de dinero. Quiso la negra suerte que por entonces al rey le viniese el deseo de visitar su erario, abierto el cual, al ver sus arcas menguadas, quedó pasmado y confuso sin saber contra quién volver sus sospechas, pues al entrar, había hallado enteros los sellos en la puerta y ésta bien cerrada. Segunda y tercera vez tornó a abrir y registrar su erario, y otras tantas veces fue echando de menos su dinero; pues a fe no eran los ladrones tan desinteresados que supieran irse a la mano en repetir sus tientos al tesoro. Entonces el rey urdió, dicen, una trampa, mandando hacer unos lazos y armárselos allí mismo junto a las arcas donde estaba el dinero. Vuelven a la presa los ladrones como las moscas a la miel, y apenas entra uno y se acerca a las arcas, cuando queda cogido en la trampa. No bien se sintió caído en el lazo, conociendo el trance en que se había metido, llama luego a su hermano, dícele su estado, y pídele que entre al momento y que de un golpe le corte la cabeza; “no sea —añadía— que pierdas la tuya si

quedando aquí la mía, soy por ella descubierto y conocido”. Al otro parecióle bien el aviso; y así entró e hizo puntualmente lo que se le decía, y vuelta la piedra movediza a su lugar, fuese a casa con la cabeza de su hermano. Apenas amanece entra de nuevo el rey en su erario, ve en su lazo al ladrón con la cabeza cortada, el edificio entero y en todo él rastro ninguno de entrada ni de salida, y quédase mucho más confuso y como fuera de sí. Para salir de suspensión, añaden que tomó el expediente de mandar colgar del muro el cuerpo decapitado del ladrón, y poner centinelas con orden de prender y presentarle cualquier persona que vieran llorar o mostrar compasión a vista del cadáver. En tanto que éste pendía, la madre del ladrón, que moría de pena y dolor, hablando al hijo que le quedaba, le mandó que procurase por todos medios hallar modo como descolgar el cuerpo de su hermano y llevárselo a su casa; y que cuidara bien del éxito, y entendiera que en otro caso ella misma se presentaría al rey y sabría revelarle que él era y no otro el que metía mano en sus tesoros. El hijo, en vista de las importunaciones de su madre, quien no le dejara respirar con sus instancias ni se persuadía de las razones que aquél alegaba, arbitró, según dicen, un medio ingenioso: busca luego y adereza unos juramentos, llena de vino sus odres, y cargando con ellos la recua, sale tras de ella de su casa. Al llegar cerca de los que guardaban el cadáver colgado, él mismo quita las ataduras de dos o tres pezoncillos que tenían los odres, y al punto empieza el vino a correr y él a levantar las manos, a golpearse la frente, a gritar como desesperado y aturdido sin saber a qué pellejo acudir primero. A la vista de tanto vino, los guardas del muerto corren luego al camino armados con sus vasijas, aplicándose a porfía a recoger el caldo que se iba derramando, y no queriendo perder el buen lance que les ofrecía la suerte. Al principio fingióse irritado el arriero, llenando de improperios a los guardas; pero poco a poco pareció calmarse con sus razones y volver en sí de su cólera y enojo, terminando, en fin, por sacar los jumentos del camino y ponerse a componer y ajustar sus pellejos. En esto íbase alargando entre ellos la plática; y uno de los guardas, no sé con qué donaire, hizo que el arriero riera de tan buena gana que recibió por regalo uno de sus pellejos. Al verse ellos con un odre delante, tendidos a la redonda, piensan luego en darse un buen rato, y convidan a su bienhechor para que se quede con ellos y les haga compañía. No se hizo mucho de rogar el arriero, el cual, habiéndose llevado los brindis y los aplausos de todos en la borrachera, dióles poco después con generosidad un segundo pellejo. Con esto, los guardas, empinando a discreción, convertidos en toneles y vencidos luego del sueño, quedaron tendidas a la larga donde la borrachera les cogió. Bien entrada ya la noche, no contento el ladrón con descolgar el cuerpo de su hermano, púsose muy despacio a rasurar por mofa y escarnio a los guardas, rapándoles la mejilla derecha, y

cargando después el cadáver en uno de sus jumentos, y cumplidas las órdenes de su madre, se retiró. Muchos fueron los extremos de sentimiento que el rey hizo al dársele parte de que había sido robado el cadáver del ladrón; pero empeñado más que nunca en averiguar quién hubiese sido el que así se burlaba de él, tomó a lo que cuentan una resolución que en verdad no se me hace creíble, cual es la de mandar a una hija suya que se prostituyera en el lupanar público, presta a cuantos la brindasen, pero que antes obligara a cada galán a darle parte de la mayor astucia y del atentado mayor que en sus días hubiese cometido; con orden de que si alguno le refiriese el del ladrón decapitado y descolgado, lo detuvieran al instante sin dejarla escapar ni salir afuera. Empezó la hija a poner por obra el mandato de su padre, y entendiendo el ladrón el misterio y la mira con que todo se hacía, y queriendo dar una nueva muestra de cuánto excedía al rey en astuto y taimado, imaginó una traza bien singular, pues cortando el brazo entero a un hombre recién muerto, fuese con él bien cubierto bajo sus vestidos, y de este modo entró a visitar a la princesa cortesana, hácele ésta la misma pregunta que solía a los demás, y él contesta abiertamente la verdad: que la más atroz de sus maldades había sido la de cortar la cabeza a su mismo hermano, cogido en el lazo real dentro del erario, y el más astuto de los ardides haber embriagado a los guardias con el vino, logrando así descolgar el cadáver de su hermano. Al oír esto, agarra luego la princesa al ladrón; mas éste, aprovechándose de la oscuridad, le alargaba el brazo amputado que traía oculto, el cual ella aprieta fuertemente creyendo tener cogido al ladrón por la mano, mientras éste, dejando el brazo muerto sale por la puerta volando. Informado del caso y de la nunca vista sagacidad y audacia de aquel hombre, queda de nuevo el rey confuso y pasmado. Finalmente, envía un bando a todas las ciudades de sus dominios mandando que en ellas se publicase, por lo cual no sólo perdonaba al ladrón ofreciéndole impunidad, sino que le prometía grandes premios, con tal que se le presentara y descubriese. Con este salvoconducto, llevado de la esperanza del galardón, presentóse el ladrón al rey Rampsinito, quien dice quedó tan maravillado y aun prendado de su astucia, que como al hombre más despierto y entendido del universo le dio su misma hija por esposa, viendo que entre los egipcios, los más ladinos de los hombres, era el más astuto de todos. (Heródoto: libro II, 121)

Aunque la narración de Heródoto está mucho más desarrollada que el cuento nicaragüense, es evidente que los motivos principales coinciden en lo esencial: el robo y el intento de desenmascaramiento de los cómplices del ladrón mediante la exposición pública del cadáver, así como la treta para evitar la identificación posterior del ayudante. Solo que en la versión clásica el expolio es realizado por los dos

hermanos y la mutilación se practica en el cadáver del que ha quedado atrapado en la trampa, y no en la mano de la esposa, como se cuenta en el relato moderno.

A pesar de estas diferencias queda claro que ambas narraciones, tan alejadas en el espacio y en el tiempo, constituyen los hitos que marcan el inicio (conocido) y el final (hasta ahora) del recorrido milagroso y fascinante de una historia que ha superado todo tipo de barreras (geográficas, temporales, culturales) para llegar hasta nosotros disfrazada con otras apariencias pero manteniendo su esencial meollo narrativo.¹

El cuento del tesoro real expoliado continúa su andadura en la literatura medieval donde halla acogida en los ejemplarios latinos y romances, especialmente en la rama occidental de la compleja tradición del *Sendebär*, que en occidente dio lugar a las diferentes versiones de *La historia de los siete sabios de Roma*. Las versiones medievales difieren de la clásica de Heródoto en la relación de parentesco de los ladrones (padre e hijo) y en la forma en que el ladrón más joven consigue disimular su dolor por las vejaciones a que es sometido el cadáver de su padre por la guardia real. Esta es la versión de los *Siete sabios*:

Había en Roma un caballero que tenía dos hijas y un hijo, y aquel caballero hacía muchas veces justas y torneos tanto que gastaba todo lo que tenía en tales cosas. En aquellos tiempos había un emperador llamado Octaviano, que tenía más plata y oro que todos los reyes; tanto que tenía una torre llena de oro y un caballero que la guardaba. Y el caballero que amaba tanto los torneos llegó a tal pobreza, que decidió vender su hacienda; y llamó a su hijo y le dijo:

—Hijo, aconséjame cómo hagamos; obligado por la necesidad tengo que vender la heredad o encontrar otros recursos con los que podamos vivir; pues si vendemos la tierra, tú y tus hermanos moriréis de hambre.

Respondió el hijo:

—Padre, si pudiéramos discurrir otra cosa para no vender la tierra, yo os querría ayudar.

Dijo el padre:

—Yo he pensado una buena cosa: el emperador tiene una torre llena de oro; vayamos de noche muy secretamente con instrumentos para minar la torre y sacaremos todo el oro que necesitamos.

¹ Además del texto de Heródoto la antigüedad ha conservado otra versión mucho más sucinta de esta historia: la de Agamedes y Trofonio narrada por Pausanias (*Descripción de Grecia*, IX, 37, 5-7). Agamedes y Trofonio construyen el tesoro de Hirieo y dejan suelta una de las piedras para poder más tarde penetrar en él. Consumado el robo, el rey prepara una trampa para atrapar al ladrón y Agamedes cae en ella. Trofonio le corta la cabeza a su compañero para evitar la delación. Sin embargo es perseguido por el rey y después tragado por la tierra. Tras su muerte se establece en el lugar un oráculo.

Respondió el hijo:

—Padre, sí; me parece una buena idea, pues mejor es coger el oro del emperador y conseguir así el que nos falta, teniendo él tanta abundancia, que vender nuestra tierra.

Y se levantaron, pues, de noche los dos con sus utensilios y fueron a la torre, y la minaron y cogieron cuanto oro pudieron llevar entre los dos. Y el caballero hizo sus justas y sus torneos acostumbrados y lo gastó todo. Y entre tanto, entró el guardián en la torre y vio el robo, y se espantó y fue al emperador y se lo contó, y le dijo el emperador:

—¿Por qué me dices estas cosas? ¿No te encargué yo mi tesoro? Dame cuenta de él y no te preocupes de otra cosa.

Él, después de oír esto, entró en la torre y puso delante del agujero por donde habían entrado a robar una tina llena de pez, mezclada con betún. Y la puso de modo tan acertado, que nadie podía entrar allí sin caer en ella. Poco tiempo después, el caballero gastó todo el oro que había sacado, y fueron otra vez él y su hijo a la torre a robar del tesoro. Y en seguida, al entrar primero el padre, cayó en la tina llena de pez y de betún hasta el cuello. Y, como se vio engañado, le dijo al hijo:

—No te acerques, pues si lo hicieras, no podrías escapar.

Respondió el hijo:

—Dios no lo quiera, ¿cómo no te voy a ayudar? Pues si te encontraran aquí, todos moriríamos. Y si no te puedo sacar solo, buscaré cómo preguntando a los otros.

Y dijo el padre:

—No hay mejor consejo salvo que me cortes la cabeza, pues hallando el cuerpo sin cabeza nadie me podrá reconocer; y así tú y mis hijas os libraréis.

Respondió el hijo:

—Padre, habéis dicho bien; pues si os conocieren, nadie de nosotros escaparía.

Y en ese momento sacó su espada y le cortó la cabeza a su padre y la echó a un pozo, y se lo dijo a sus hermanas, las cuales lloraron muchos días a escondidas la muerte de su padre.

Y después de esto, entró el guardián de la torre y halló el cuerpo sin cabeza y se maravilló, y lo denunció al emperador; y le dijo él:

—Atad ese cuerpo a la cola de un caballo y arrastradlo por todas las calles y plazas, y prestad atención donde oigáis grandes llores; allí entraréis y prenderéis a cuantos en la casa estén y los llevaréis a la horca.

Y así lo hicieron los servidores; y cuando llevaban el cuerpo por delante de la casa, viendo las hijas arrastrar el cuerpo de su padre, lloraron mucho y el hermano, que oyó sus gritos, se hirió él mismo en el muslo y

se hizo mucha sangre. Y cuando los alguaciles oyeron el llanto entraron en la casa y preguntaron la razón por la que lloraban; y dijo el hijo:

—No sé cómo me he caído y me he descalabrado; y como me han visto mis hermanas que me salía tanta sangre, dieron gritos como veis.

Y ellos se creyeron todo que les dijo; y estuvo mucho tiempo en la horca y su hijo no quiso hacer nada para que quitasen el cuerpo de la horca ni para sepultar la cabeza del padre.² (Lacarra, 1989, 318-20)

Como puede apreciarse, el texto medieval ya presenta el motivo del daño corporal (que ahora se ha infligido a sí mismo el ladrón) para explicar supuestamente los llantos de los familiares del muerto y así conseguir engañar a los guardias. Ha desaparecido, por otra parte, toda la secuencia final del relato de Heródoto: la prostitución de la hija del rey como medio para descubrir al culpable y el motivo del brazo amputado de un cadáver que el ladrón entrega a la hija del rey en lugar de su propio brazo para así poder escapar. Y los dos hermanos han sido reemplazados por padre e hijo.

Si rastreamos ahora en la tradición oral universal comprobaremos que también aquí el cuento del ladrón decapitado ha sido recreado en muchísimos lugares de todos los continentes, y que los detalles del cuento coinciden fundamentalmente en todas las versiones, según podemos comprobar consultando el índice general de cuentos folclóricos elaborado sucesivamente por Antti Aarne, Stith Thompson y Hans-Jörg Uther (en adelante, ATU), quienes catalogan el relato como tipo 950, *Rhampsinitus*. Sin embargo en las versiones recogidas de la tradición oral es mucho más habitual el motivo de la señal en la casa del ladrón para que esta pueda ser localizada después, ante lo cual el hermano pinta idénticos signos en las viviendas vecinas que impidan el posterior reconocimiento de las autoridades. Así ocurre, por ejemplo, con el texto salmantino de Luis Cortés Vázquez que Julio Camarena y Maxime Chevalier (Camarena y Chevalier, 2003, 411-21) reproducen en su índice de cuentos folclóricos españoles, donde además ofrecen una completa bibliografía de versiones orales hispánicas, portuguesas e hispanoamericanas del tipo 950.

Sobre otros tesoros y otros ladrones

Los tesoros suelen estar escondidos en lugares difícilmente accesibles cuya localización entraña toda suerte de riesgos y aventuras. Y así debe ser, porque el hallazgo del tesoro significa la experiencia iniciática del conocimiento, del descubrimiento personal, al que solo se puede acceder después de muchos avatares y sacrificios. Así Aladino (ATU 561), que encontró su lámpara maravillosa en un lóbrego subterráneo donde un malvado amo lo confinó, aunque el posterior encuentro

² Para otras versiones literarias clásicas y medievales del cuento véase Ruiz Sánchez 2009 y 2010.

con el travieso genio de la lámpara compensara con creces al joven de sus pasadas penalidades. Así también Alí Babá (ATU 854), quien corrió mucha mejor suerte que su hermano asesinado por los ladrones y pudo disfrutar del enorme tesoro que una roca corrediza ocultaba y que solo podía franquearse mediante el sortilegio de las palabras mágicas conocidas por unos pocos privilegiados.

Puede ocurrir también que la apropiación de un tesoro implique una profanación contra los genios tutelares de la madre tierra o, en versiones más acordes con las religiones tradicionales, contra un ser sagrado que castigará terriblemente al impío con la locura o la muerte, tal y como ocurre, por ejemplo, en la leyenda becqueriana de *La ajorca de oro*, donde el capricho fatal de una mujer llevará al enamorado a intentar robar la joya prendida en el manto de la Virgen; pero, justo en el momento del sacrilegio, las estatuas y relieves de la catedral de Toledo cobrarán vida y provocarán en el temerario una irreversible y fatal locura.

Otras veces la posesión del tesoro es causa de rivalidades y enfrentamientos entre ambiciosos, como ocurre en el cuento conocido como *El tesoro fatal* (ATU 763), donde la insolidaridad y el egoísmo extremos de dos buscadores de tesoros acabarán en un desenlace funesto: el crimen recíproco, castigo ejemplar y moralizante contra la deslealtad y la hipocresía.³ O en el caso sobradamente conocido de *La isla del tesoro*, paradigma de los relatos sobre pícaros buscadores de tesoros. O en *La perla* de John Steinbeck, cuya posesión provoca una dramática persecución que culmina en la muerte, a causa de una bala azarosa, de un niño, cuyos infortunados padres devuelven al mar la piedra preciosa causante de tal desgracia.

Y para cerrar este brevísimo apunte de riquezas y miserias, cómo olvidar esa legión de avaros que la literatura satírica de todos los tiempos (con Molière a la cabeza) ha fustigado sin piedad. Por ejemplo en el relato del avaro que esconde sus bienes en lugar que cree seguro pero un espabilado se lo roba. Un amigo, para consolar al miserable, le advertirá del sinsentido de su tristeza ya que se lamenta por la pérdida de algo que en realidad no disfrutaba (ATU 1305). Así lo cuenta Tomás Moro (en una versión poco recordada en los catálogos de cuentos folclóricos, que sí mencionan en cambio una fábula de Esopo muy anterior al relato utópico) en su bienintencionada *Utopía*:

¿Y qué decir de esos avaros que acumulan riquezas sobre riquezas, no para utilizarlas, sino para regodearse ante el metal amontonado? ¿Experimentan el verdadero placer o más bien son presa de una quimera? ¿Qué pensar de los que son víctima del defecto contrario, escondiendo el oro del que no se servirán nunca y que quizás ya no volverán a ver? No ven su dinero, y el temor de perderlo hace que lo pierdan definitivamente. Enterrar el oro. ¿No es acaso sustraerlo a uno mismo y quizás también a los demás? Saltas de alegría, porque has escondido tu

³ Véase al respecto Pedrosa 1998 y 2000.

tesoro, y has conseguido lo que querías. Pero supongamos que un ladrón se apodera de este tesoro confiado a la tierra. Supongamos también que tú mueres diez años después, sin saber que te lo han robado. Ahora pregunto: durante este decenio que sobreviviste al dinero robado ¿te importó algo que el dinero estuviera robado o conservado? En ambos casos, te reportó el mismo beneficio. (Moro, 2006, 156)

Baste lo dicho para mostrar cómo el relato sobre el robo del tesoro real, con (al menos) dos mil cuatrocientos años de antigüedad, y sus numerosas ramificaciones y conexiones con el folklore y la literatura de todos los tiempos, ha llegado hasta un narrador de nuestros días, que lo ha recreado adaptándolo a su momento histórico y contexto cultural. Este es el milagro de la palabra que barre las fronteras del tiempo, y ante este hecho incuestionable solo nos queda reconocer una vez más la fragilidad de nuestras vidas y ensalzar con alegría la fuerza invencible de la imaginación.

Obras citadas

- Alfonso Morales, Pedro. *Tradiciones nicaragüenses*. En prensa.
- ATU: Hans-Jörg Uther. *The Types of International Folktales. A Classification and Bibliography (Based on the System of Antti Aarne and Stith Thompson)*. Parts I-III. Helsinki: Academia Scientiarum Fennica (FF Communications, 284-86), 2004.
- Camarena, Julio, & Maxime Chevalier. *Catálogo tipológico del cuento folklórico español. Cuentos-novela*. Madrid: Centro de Estudios Cervantinos, 2003.
- Heródoto. Trad. Bartolomé Pou. *Los nueve libros de la Historia*. 2 vols. Barcelona: Iberia, 1976.
- Lacarra, María Jesús. *Cuentos de la Edad Media*. Madrid: Castalia, 1989.
- Moro, Tomás. Ed. Pedro Rodríguez Santidrián. *Utopía*. Madrid: Alianza, 2006.
- Pedrosa. “¿Existe el hipercuento?: Chaucer, una leyenda andaluza y la historia de *El tesoro fatal*” (AT 763) *Revista de poética medieval* 2 (1998): 195-223.
- . “Más reescrituras del cuento de *El tesoro fatal* (AT 763): del *Orto do esposo*, Vicente Ferrer y Hans Sachs a Eça de Queiroz, William Faulkner y Max Aub.” *Revista de poética medieval* 5 (2000): 27-43.
- Ruiz Sánchez, Marcos. “La mano cortada. Cuentos de ladrones de Heródoto a nuestros días (I).” *Myrtia* 24 (2009): 239-72.
- . “La mano cortada. Cuentos de ladrones de Heródoto a nuestros días (II).” *Myrtia* 25 (2010): 155-86.